

Ideas sociales de Séneca

I

Decía un gran poeta, que en ocasiones, aunque el cuerpo del hombre esté en pié, su alma está de rodillas; y la mía hállase en esa actitud reverente ante el recuerdo de la obra la vida y la muerte, del más ilustre de los hijos de Córdoba.

Séneca es un moralista de talla superior para mí a Epícteto y Marco Aurelio, Gracián y Labrouyere. Supo, siendo rico, despreciar la riqueza, y en la hora de la muerte, mostró una serenidad y elevación de espíritu sólo comparables a las del maestro de Platón.

Si Emersón pudo decir del autor de «Los Diálogos» que fué algo más que un filósofo, porque fué toda la filosofía, nuestro malogrado Ganivet tenía razón al afirmar que el mejor intérprete del alma española no es otro que el preceptor de Nerón. No trato de descubrir Mediterráneos, sino de rendir modesto homenaje al eximio pensador, induciendo de sus doctrinas éticas sus ideas sociales, que contrastan sarcásticamente con las de un siglo de mal disimuladas codicias, de vanidades ridículas y de criminales rencores. La cuestión social no es sólo un problema de vientre, como piensa el materialismo histórico; porque el hombre es algo más que un estómago ambulante; no es lucha de apetitos felinos por la posesión de la despensa, sino eterna aspiración por resolver de modo incruento la dolorosa herencia que los siglos nos legaron, y que sólo la equidad cristiana podrá mitigar con la caridad aliada a la justicia; virtudes que no riñen entre sí como piensa cierto alto vulgo, cuya mentalidad, semejante a la del topo, tiene demasiada piel sobre los ojos del alma, para percibir los resplandores del sol y de las estrellas.

¿Qué pensaba Séneca de esta pugna entre seres desiguales que constituye el drama perdurable de la historia?

¿Cuáles eran sus ideas sobre estas crisis y fenómenos naturales que una filosofía satánica alhagadora de los instintos infrahumanos ha envenenado?

¿Tendrá razón el poeta para decir:

•que aquí para vivir en santa calma,
o sobra la materia o sobra el alma?»

No la tiene; no debe tenerla, por que cuerpo y alma son acreedores y deudores recíprocos, y sin embargo, los más de los hombres, apesar de llamarse hijos de Dios, proceden en su vida interna y social como seres divorciados de su excelso origen, escuchando los rugidos de la bestia orgánica con preferencia a las exortaciones del angel piadoso y soñador.

Séneca vivió la mayor parte de su vida en Roma, y su gran talento pudo enriquecerse con preciosos datos experimentales derivados de las enseñanzas del pasado y las crueles realidades del presente.

La historia de Roma es un compendio de la historia del mundo. La Ciudad Eterna conoció todas las formas de estado; padeció todas las enfermedades político-sociales; abundó en arbitristas y embaucadores, como en apóstoles sociales malogrados, y antes que por la cobardía de uno de sus pretores fuera crucificado Jesucristo, dió suelta a muchos Barrabases y elevó el puñal y el veneno a la categoría de título y modo de adquirir la soberanía.

La Ciudad de las siete colinas, que hoy tiene por su nuevo Julio César a Mussolini, fué Monarquía, República e Imperio; en ella pasó la propiedad por todas las metamorfosis del socialismo, del individualismo y el derecho de gentes representadas en el *mancipium*, el *dominium* y la *propietas*; sufrió toda suerte de oligarquías; contempló los primeros chispazos del incendio de las rebeldías proletarias, y aparece como imagen viva, en ocasiones, de ese Proteo del alma humana, capaz de lo más sublime y también ¡ay! de lo más abyecto. Nada humano le fué ageno como diría su ilustre hijo Terencio, y al lado de instituciones imperecederas como el derecho romano tiene manchas que sólo pudo limpiar el agua purificadora del cristianismo. La historia se repite porque los hombres son siempre por desdicha los mismos. Así se registraron en Roma como se registran hoy guerras civiles, conflictos sociales, huelgas revolucionarias y horribles extravíos dictados por las pasiones de secta. ¿Recordáis a los Gracos y sus famosas leyes agrarias?

¿No viene a vuestra memoria el episodio de aquel esclarecido varón romano a quien dió muerte una plebe incapaz de agradecer sus solicitudes y de estimar en cuanto valía su abnegación? Yo recuerdo también que no hace muchos años un español ejemplar—don Eduardo Dato—fué asesinado por unos cuantos miserables indignos de nuestra nacionalidad, el mismo día que ponía a la firma de don Alfonso de Borbón un decreto

extendiendo a los obreros del campo los beneficios y reparaciones de la Ley de Accidentes del Trabajo.

¿No teneis noticia de infames bacanales de cenas pantagruélicas de disipaciones sin fin que agotaron el imperial tesoro? Recordad también a aquel Cornelio Nepote que distribuía los cargos públicos entre sus parientes como cualquier Segismundo medieval, moderno o contemporáneo.

Estad ciertos de que el nepotismo, la prevaricación, el soborno y la apostasía son tan antiguos como el hombre y de que el beso de Judas viene resonando incesantemente en la historia estampado por los labios de los más pintorescos y siniestros histriones en la faz de los pueblos y de los reyes y hasta en la imagen augusta del Crucificado.

El fenómeno de la concentración de la propiedad fué también carcomía de la vida jurídica y económica de Roma, y provincia hubo como la Siria, que pertenecía en toda su extensión a dos o tres privilegiados plutócratas, los cuales no eran ciertamente almas gemelas de las del Marqués de Valdecilla y el Conde de Cartagena.

Latifundiæ perdidere Italiam, exclamaba amargamente Plinio y el contraste entre los grandes terratenientes y los infelices braceros era abrumador en una sociedad como la romana, donde no existió nunca esa calumniada clase media, vivero de virtudes y nervio del Estado.

Y en Roma hubo demagogos y tiranos; aduladores del César y de la plebe como en todo tiempo. No faltó un Cicerón que desenmascarara a los falsos revolucionarios, ni un Juvenal que esgrimiera el látigo de sus sátiras contra Mesalinas y depredadores, llegando a increpar a la ciudad con estas valentísimas frases: «Tú te venderás el día que haya alguien bastante rico para comprarte». No en balde el satírico y el moralista, como otros tantos mandatarios de Dios, aparecen en todas las épocas de corrupción y venalidad y si no hace mucho tuvo España a Costa, Roma conoció a Petronio y a Marcial, a Lucilio y Juvenal, como el Conde Duque de Olivares tuvo enfrente al inmortal Quevedo, y como en respuesta al desenfreno pagano e imperial, surgió el estoicismo del egregio hijo de Córdoba.

¿Qué debió pensar—repito—Séneca de la llamada cuestión social? De la lectura atenta de sus tratados y apotegmas, despréndese que para el gran pensador andaluz, los llamados problemas sociales eran cuestiones éticas. La moral es a la ciencia y la vida—según frase de Mace—, lo que el sistema nervioso al organismo humano; algo así como la reguladora de todas las funciones sociales. Los medios han de estar subordinados a los fines y el Derecho, por tanto, es secuela de la Moral. Son como la madre

y el hijo y cuesta trabajo concebir a éste alzando el brazo contra aquélla. Séneca debió plantearse el problema de este modo. ¿Tiene el hombre derecho a impetrar del Estado las condiciones necesarias a su bienestar material o es por el contrario esta bienestar cuestión de óptica mental y de visión propia? ¿Esta lo que llamamos justicia social en la obtención del mayor número de bienes materiales o sólo en la tenencia de los meramente necesarios al cumplimiento de nuestro destino?

Y así formulada la cuestión, es fácil de presumir la respuesta del filósofo. La dicha es algo más subjetivo que objetivo. Está en nosotros mismos más que en las cosas materiales. Si San Agustín pensaba que en el interior del hombre vive la verdad, Séneca pudo decir que la felicidad—si no es una entelequia—habita también en nuestro propio espíritu, y es como el botín alcanzado en la victoria de la razón sobre los instintos y apetitos. Un sabio estoico no puede pensar de otro modo. Lo único que debe pedirse, y si fuera preciso hasta conquistarse, es lo que yo llamo la *base física* de la vida (pan, vestido, albergue y libertad). Lo demás (trabajo, propiedad, ideales, fe, etc.), es inútil pedirlo al Estado. Han de amasarlo nuestras facultades. Un grande hombre ha dicho que el destino de la humanidad es progresar padeciendo, y yo modestamente añadiría que no concibo fórmulas de felicidad social ni individual que no se cimenten en el culto a los deberes.

Si un día por milagrosa providencia amanecieran los hombres con iguales bienes y derechos, no llegaría seguramente a ponerse el sol sin alumbrar con sus rayos la discordia en todo el planeta. Vive el pobre con lo que difícilmente subsistiría el rico; respira con deleite un pulmón sano el aire que mataría a un enfermo, y cumple su misión el obrero muscular con medios económicos que serían insuficientes al capitalista y al intelectual, para cumplir los suyos. Una igualdad económica absoluta sería una iniquidad absoluta. Los seres desiguales han de ser desigualmente tratados. Por ello se alzan Hospitales, Sanatorios y Montepíos; por ello la caridad del brazo de la ley acude en socorro de los inermes; por ello el Estado trata de levantar a los caídos en la lucha por la existencia. «Siempre habrá pobres entre vosotros», dijo el gran Nazareno, y nuestra estrecha obligación consiste en evitar que los pobres se truequen en miserables y tengan derecho a maldecir de una civilización que presume de cristiana.

Vamos a exponer y analizar algo de lo mucho bueno que hemos encontrado relejendo los tratados y reflexiones del conspicuo moralista, y se verá cuán cercano es el parentesco espiritual que liga sus doctrinas con

las de la llamada Sociología católica, cuya esencia como todo el Cristianismo es el amor.

II

Vaya por delante una afirmación. Séneca es algo más que un pensador teórico y que un *dilettanti* de la moral: es un convencido que aprendió la verdad, no sólo en los libros, sino al través de la vida, maestra insustituible y desprovista de pedantería y sectarismo. Tampoco es un estoico rígido, sistemático, de alma fría y criterio exclusivamente devoto de la razón. Séneca era español y su lenguaje, a menudo bello y poético, denuncia un alma encendida y generosa. No conozco ningún filósofo hispano desprovisto de sensibilidad artística. Sobrados andaban de ella Huarte de San Juan, Gracian y Balmes. Y no digamos nada de Vives, Raimundo, Lulio y Ganivet. En nuestra patria no se conciben dialécticos ni moralistas de la estirpe seca de Kant. Hasta los médidos de talento son un poco poetas. Sirvan de ejemplo Letamendi, Pulido, Tolosa y el Conde de Jimeno, autor este último de un librito titulado «Viaje de una gota de sangre», rico en ciencia y en primores literarios. Séneca es un pensador artista y sus reflexiones están a menudo caldeadas por el fuego de la pasión y la elocuencia. Por ello nos convencen y seducen encadenando nuestra atención con la doble amarra de la lógica y del arte sentido.

¿Carecía de sentimientos humanitarios quien se preguntaba si en realidad era dueño de lo que todos reputaban como suyo?

¿De qué me sirve—decía—saber dividir un campo en parcelas si no se compartirlo con mi hermano?

Al expresarse así no andaba lejos de San Ambrosio, cuyas son estas palabras: «La tierra ha sido dada en común a todos los hombres. Nadie debe considerarse propietario de lo que le queda después de haber satisfecho sus necesidades naturales». La interrogación del filósofo cordobés representa sin embargo un grito del alma, un impulso caritativo al paso que las palabras del obispo Milán constituyen una limitación de la propiedad individual que la iglesia respetó siempre sin desconocer sus fines sociales, ni legitimar los excesos del *sus abutendi* carcoma de la producción y escarnio de la doctrina de Cristo.

«¿Para qué eres escaso de lo que tienes, guardándolo como si fuera tuyo? Advierte que eres *administrador* y no dueño de ello». Aquí Séneca coincide con Tartuliano que llamaba a los ricos tesoreros de Dios.

En otro pasaje afirma: «Si vives conforme a las leyes de la naturale-

za, jamás serás pobre; si con las de la opinión nunca serás rico, porque siendo muy poco lo que la naturaleza pide, es mucho lo que pide la opinión». Tiene razón sobrada el gran cordobés. Una alimentación frugal; un hogar saneado y un ropaje sencillo y cómodo, constituyen la mejor defensa de nuestra vida física. Lo demás es vanidad de vanidades. Bien dice el Padre Nuestro «el pan de cada día dánosle hoy». Pero el hombre quiere el pan de muchos días con perjuicio de tercero y así este pan viene muchas veces a nuestros labios manchado de sangre y suele sabernos tan amargo como un remordimiento.

«El lujo es contrario a la naturaleza»—insiste el insigne estoico—; la excita contra ella misma y creciendo de siglo en siglo presta auxilio a los vicios. Comenzó por desear cosas supérfluas; después cosas nocivas y al fin sometió el alma a los placeres del cuerpo. Todos esos oficios que tanto ruido hacen en las ciudades y que tan temprano nos despiertan, no trabajan más que para el servicio del cuerpo. Lo que no se le daba en otro tiempo, más que como esclavo, se le prepara hoy como señor». León XIII, el dulce y sabio Pontífice, honor de la Iglesia, suscribiría sin vacilar estas palabras: ¿No escribió en una de sus admirables encíclicas «que los males modernos pueden reducirse a dos, el disgusto de una vida modesta y activa y el olvido o menosprecio de los bienes eternos»?

Séneca reniega de Censos, Escrituras y libros de Caja, y eso que en Roma no eran obligatorios otros, preceptuados hoy por el Código de Comercio. Abomina de la contratación onerosa y no admite otro préstamo que el preconizado por San Pablo. Se pregunta qué es usura y qué son esos sanguinolentos intereses de tanto por ciento. ¡Ah! Ya se encargarían de enseñárselo los judíos y gentiles de la Ciudad Eterna, como se lo enseñarían hoy—si viviese—los que el ingenio popular cordobés llama con acierto y gracia *cordeleros* porque el préstamo en sus manos ofició de cuerda, con la que aprietan el cuello al prójimo hasta estrangularlo.

Escuchad ahora un pensamiento de Séneca, que barrunta la lucha de clases, el siniestro imperativo del credo marxista y lo refuta sabiamente en muy pocas palabras: «Nuestra sociedad—expresa—es como una bóveda de piedras trabadas, que caerían si no se sostuviesen mutuamente». ¡Cuán profunda, exacta y cristiana es la aseveración del gran estoico! Yo me represento hoy el capital y el trabajo como dos atletas de igual peso y energía muscular que tiran violentamente de los extremos de una sábana. Ninguno de ambos cede; cada uno de ellos quiere arrastrar al adversario, y como fuerzas iguales se destruyen; el resultado de ese estúpido empeño

no puede ser otro que el cansancio de los luchadores o la rotura de la sábana.

La caridad, la razón y el derecho piden que ambos cedan y se acerquen y se tiendan las manos, envolviéndose en esa simbólica sábana, a cuyo influjo sentirán menos frío en las almas y en los cuerpos.

Esta sencilla comparanza mía acaso haga sonreír a unos cuantos filósofos de similor y pseudo-sabios traducidos del alemán, pero la verdad debe decirse aunque se escandalicen los sectarios y se irriten los egoístas, y se rían los pedantes. Me sería muy fácil multiplicar las citas de Séneca, demostrativas de su concepción hondamente evangélica de los problemas sociales. El, como otros esclarecidos estoícos, habla de estas cuestiones, hoy envenenadas por el odio con la alteza de miras de un fiel discípulo de Cristo y la valentía de un apóstol Mateo, flagelando a los fariseos y plutócratas de aquel tiempo, que según feliz expresión de un pensador, «tenían vajilla de oro o de hierro, pero sus pensamientos eran de barro». Las opiniones—repito—del maestro de Nerón en materias ético-sociales, puede suscribirlas todo hombre a quien el triste y odioso espectáculo de las tragedias que ensangrientan los campos y paralizan la actividad económica, preocupe sinceramente, haciendo latir con angustia su corazón. No puedo resistir el deseo de copiar las siguientes palabras del gran hijo de Córdoba, donde están dibujados con trazos vigorosos los lineamientos de su alma recta y abnegada al par como la de un Padre de la Iglesia. «Si reunieras todo el dinero y los metales que tan cuidadosamente guardamos; si sacaras a la luz todos los tesoros que esconde la avaricia, cuando devuelve a la tierra todo lo que malamente sacó de ella, no creería que todo el montón mereciera un pliegue en la frente del hombre de bien.»

III

¿Cuáles serían las ideas de Séneca si corporalmente viviera en este agitado y tenebroso siglo? ¿En qué campo social militaría? Para mí no es dudosa la respuesta, habida cuenta de su temperamento y de las acerbas experiencias recogidas en su vida anterior. Puede asegurarse que no comulgaría en los credos anarquistas, ni en el práctico de Bakounine, ni el llamado altruista de Tolstoi. No en el primero porque repugnaría a su noble espíritu una doctrina que llama por boca de su máximo caudillo *santo* al odio, y afirma que destruir equivale a crear. Este anarquismo de los dinamiteros e incendiarios; de la huelga universal a todo trance y del desprecio de todo artefacto jurídico, es sencillamente un caso de *vesania*.

No en el segundo porque una sociedad donde reina el orden sin gobierno sería posible sólo entre ángeles o filósofos, y Séneca conocía demasiado a los hombres para confiar en lo que un antropólogo candoroso llamaría el buen instinto de las multitudes. Este anarquismo es un estado de *hiperestesia* de la sensibilidad con todos sus arrobamientos y deliquios. ¡Cómo hubiera sonreído con sonrisa de incredulidad el filósofo al leer estas frases de Rousseau, verdadero padre del anarquismo! «El hombre nace bueno y la sociedad y el estado le corrompen». Acaso de conocerlos le hubiera contestado con los versos joco-serios del poeta:

«Todos nacemos hoscos, berrinchudos
y con mala intención; todos traemos
instintos sanguinarios y sañudos
que desde que nacemos demostramos.
En cuanto mano o pie mover podemos,
si un pájaro nos dan le desplumamos,
si atrapamos un tiesto le rompemos,
y a nuestras propias madres arañamos,
si pronto no nos dan lo que queremos».

¿Hubiera sido comunista? No ignoraba que una cosa es la igualdad humana y otra la individual. Los hombres son desiguales como individuos, y para que el comunismo fuera una doctrina justa sería necesario que todos los cerebros tuvieran la misma calidad de sustancia nerviosa, y todos los músculos idéntico vigor, y todas las almas en fin igual temple. En la naturaleza como en la sociedad alternan lo pequeño y lo grande, el cedro y el arbusto, el sabio y el mentecato, la gracia y la fuerza. Un mundo de seres iguales sería la negación de la omnipotencia divina, y al suprimir la diversidad, suprimiría la lucha que es la sal de la vida y su atributo más preciado.

¿Hubiera prestado su adhesión a la escuela socialista? De ningún modo. Sabía que el hombre tiene derechos independientes de la colectividad y que el Estado no ha creado la propiedad, sino que ésta, aunque haya de cumplir fines sociales, es un derecho individual anterior a todos los Césares, y más fuerte que todas las utopías de Moro y Harrington y que los Falausterios de Fourier y que los Talleres Nacionales de Luis Blanc.

Acaso hubiera visto con simpatía el Intervencionismo de Estado y la cooperación, pero esto no es socialismo, sino cristianismo puro; caridad y sólo caridad revestida con el ropaje augusto del Derecho. También hubiera prestado su aquiescencia a la noble aspiración del ilustre Azcárate, que pretendía que ciertos deberes éticos se trocaran en deberes jurídicos, como

el medio mejor de restañar heridas sociales y enjugar lágrimas de los jados de este banquete de la vida que para ciertos espíritus metal constituye una orgía sin freno y un festín de caníbales.

Nunca hubiera aprobado ese cruel ensayo de democratización de riqueza que llaman la dictadura del proletariado.

¡Triste dictadura, en que el supuesto dictador—el pueblo—se ve do de todas sus libertades, incluso de la de conciencia y sometido rudas pruebas de un trabajo abrumador, cuyos beneficios acaso van engrosar las bolsas de algunos oligarcas disfrazados con careta de c rios de la plebe! Séneca, el personaje más liberal de su siglo, hubie duda suscrito la bella y desgarradora carta de la hija de Tolstoi qu pocos días se dirigía a todos los espíritus humanitarios de Europa, p doles protección para esas masas de campesinos depauperados, a q explota infamemente, cuando no ametralla o destierra, un poder co das las apariencias de una República de obreros y soldados y tod realidades de una vergonzosa tiranía.

Decía Platón que sin justicia no se concebía ni una sociedad drones, porque éstos, que son injustos al apoderarse de lo ajeno, que ser por fuerza justos, al repartirse lo robado, sopena de disoluci la sociedad.

Yo ignoro si en Rusia se roba, pero dudo que se reparta equi mente la riqueza y tengo motivos para creer que las protestas legítim los menospreciados, son ahogadas con descargas de fusilería.

Si Séneca, según todas las probabilidades o inducciones racional hubiera sido hoy anarquista ni comunista ni socialista ¿qué podr dada su psicología y concepción del mundo? No creo que conquistar voluntad al Régimen Presidencialista de los Estados Unidos, ni al l mo italiano, ni las alborotadoras Repúblicas de Sur América. Ta hubiera fiado en Reyes ni Emperadores. Sobre estos últimos tenía a experiencias personales, y si alguna le faltara, hubiérala adquirido espantosa pugna de 1914 a 1918, donde veinte naciones, imperialistas monárquicas otras y republicanas las restantes, cavaron con sus codi

la intolerancia y la mentira. Vería con amargura que el hombre había adelantado tan poco en su educación eticopolítica, que no podía vivir sin tutelas o dictaduras. Lamentaría que tantos ensayos de Monarquías constitucionales y gobiernos poliárquicos no hubieran conseguido formar al ciudadano *autarca*, devoto del deber, obediente a los imperativos de la justicia y soberano, en una palabra, de sí mismo. Se preguntaría si el hombre del siglo XX, creador de tantas maravillas físicas, se diferenciaba en algo de aquellas plebes ineducadas y patriciados corrompidos que formaban la urdimbre de la sociedad romana del imperio.

Si él, con todo su inmenso talento y persuasiva dialéctica no pudo hacer mejor a su imperial discípulo, ¿cómo iba a humanizar a los incendiarios de iglesias, a los atizadores de odios y asesinos de guardias civiles?

Yo, por mi desdicha, se diría—supe de las crueldades de Calígulas y Claudios, y presencié los desmanes y atrocidades de Nerón, pero hoy el crimen se ha *socializado*, y ya no se mata sólo por venganza, ni por hambre, ni por impulsos morbosos, sino por oscuras sugerencias, por vandálicos instintos y por el placer de matar.

Y sería posible que vencida la fortaleza de su alma estoica por el peso de tan desconsoladoras reflexiones, el gran cordobés olvidara los postulados de la serena moral senequista, y sus claros ojos de analítico habituado a sondear las profundidades espirituales, se nublaran con lágrimas.

Los hombres pretenden en vano alejarse de Dios—continuaría—, pero no pueden; lo llevan dentro de sí, y tarde o temprano, de grado o por fuerza, habrán de rendirse a los influjos de esa ley que él supo grabar con indelebles caracteres en el fondo de nuestro corazón.

Gracias os doy, señoras y señores, por la benevolencia con que me habéis escuchado, y concluyo afirmando que mientras el sol alumbre al mundo y la razón sea nuestro atributo máspreciado, los apotegmas del filósofo cordobés constituirán la guía mejor de los hombres dignos de este título, y si hay un cielo para los grandes pensadores, Séneca estará en él, porque creyó en el bien, en la belleza y en la justicia, lo cual es tanto como creer en Dios.

PASCUAL SANTACRUZ.